

Edición latino- americana

SEBASTIÁN RIVERA MIR



UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA
METROPOLITANA
Unidad Cuajimalpa





UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA
METROPOLITANA
Unidad Cuajimalpa



LECTURAS
PALABRAS CLAVE
PARA
ESTE SIGLO

CLACSO y la **UAM-Cuajimalpa** lanzan en conjunto la colección **Palabras clave. Lecturas para este siglo.**

La colección pone al alcance de un público no especializado un conjunto de libros que contribuyan a la democratización del conocimiento, ofreciendo lecturas sobre una serie de conceptos clave para interpretar nuestros presentes, las principales novedades y transformaciones que tienen lugar en el siglo XXI, en clave latinoamericana.

Cada libro reúne textos cortos y dinámicos en torno al desarrollo de un concepto. **CLACSO** y la **UAM-Cuajimalpa** aúnan esfuerzos para abordar conceptos complejos de un modo accesible, facilitando el acercamiento al conocimiento producido por las ciencias sociales y poniéndolo al alcance de nuevos lectores y lectoras.

Rivera Mir, Sebastián

Edición latinoamericana / Sebastián Rivera Mir. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO ; México DF : Casa Abierta al Tiempo, 2021.

Libro digital, PDF - (Palabras clave)

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-722-830-4

1. Edición de Libros. 2. Edición. I. Título.

CDD 300.2

Primera edición, 2021

Diseño de colección:

Jorge Alfonso Brozon Vallejo

D.R. © 2021, del texto, su autor

D.R. © 2021, de esta edición:

Universidad Autónoma Metropolitana

Unidad Cuajimalpa

Av. Vasco de Quiroga 4871, col. Santa Fe Cuajimalpa

Alcaldía Cuajimalpa de Morelos

C.P. 05348, Ciudad de México

www.cua.uam.mx

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> |

<www.clacso.org>

ISBN Argentina: 978-987-722-830-4 (digital)

ISBN Colección: 978-607-28-2090-6

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico, sin el consentimiento por escrito de los titulares de los derechos.

HECHO EN ARGENTINA Y MÉXICO | MADE IN ARGENTINA AND MÉXICO

Edición latino- americana

SEBASTIÁN RIVERA MIR

Índice

Presentación	11
Ecosistema	17
Políticas	25
Usos	33
Género	41
Memoria	51
Editoriales	59
Independientes	67
Librerías	75
Redes	83
Lectores	91
Referencias	97

Presentación

EL CAMPO EDITORIAL LATINOAMERICANO SE ENCUENTRA hoy en día en un momento donde numerosos desafíos cuestionan sus prácticas, la importancia de sus actores y los alcances de las entidades que lo componen. Las presentes páginas se proponen aportar algunas miradas sobre estos debates, sin la mínima pretensión de agotar ninguno de ellos. Al contrario, esperamos que este conjunto de textos genere más inquietudes e interrogantes en el lector que posibles respuestas.

La idea inicial consistió en recuperar algunos de los conceptos clave para comprender estas problemáticas y desarrollarlos brevemente. Se escogieron los diez temas que en su momento parecieron los más relevantes y que pudieran servir en la construcción de una imagen panorámica general. Estas palabras además de entregarnos esta visión amplia de la edición en América Latina, podrían servir como un primer acercamiento al lenguaje específico de este ámbito disciplinar. Y aunque para muchos de los interesados probablemente hayan quedado fuera algunos tópicos importantes, por mi parte, creo que estas deudas serán

un buen inicio para el debate sobre la historia del libro y sus actuales derroteros en el continente.

No hay un orden de lectura establecido, así que quien tiene en sus manos este ejemplar podrá comenzar por donde estime conveniente. No corresponden a piezas de un rompecabezas que encajen perfectamente una con otra, al contrario, se superponen, se encuentran entre sí, forman un horizonte más cercano al collage que a una naturaleza muerta. Por ello, cada una de las entradas se nutre de las discusiones desplegadas a lo largo del libro, pero pueden leerse de manera independiente y conformar un propio relato. Este tipo de propuesta narrativa ya forma parte de nuestra propia tradición literaria, que deja algunas responsabilidades ineludibles al lector.

A modo de advertencia es importante señalar que el ámbito del libro en América Latina, como otros espacios que combinan la cultura con las lógicas del mercado, se encuentra profundamente jerarquizado. Algunos países concentran amplios porcentajes de la producción, mientras que otros lidian con la obligación de importar materiales impresos para cumplir sus necesidades. Las desigualdades afectan todos los rubros implicados en el ecosistema del libro, desde las bibliotecas, librerías o editoriales, hasta la capacidad real de los estados para establecer políticas públicas. Las condiciones de la investigación y la información disponible sobre cada país, como se podrá ver, divergen también de forma notable.

Sin embargo, pese a estas diferencias, muchas de las problemáticas son similares, por ejemplo, las dificultades con la promoción de la lectura, la exclusión cada vez mayor de los pequeños productores, la desaparición de las imprentas locales, el crecimiento de la autopublicación o el incremento de la presencia del libro electrónico, entre muchas otras variables. También contamos en cada rincón del continente con un/a editor/a, un/a librero/a o un/a impresor/a que decide cotidianamente pensarse como latinoamericano, y eso me parece suficiente para emprender el trabajo que el lector tiene en sus manos. A ellos dedico el presente volumen.

TLAYACAPAN, A 12 DE ENERO DE 2021.



Ecosistema

¿CUÁLES SON LOS ACTORES DEL MUNDO DE LA EDICIÓN? ¿Qué tipos de prácticas son necesarias para que un libro u otro impreso cumpla con su finalidad? ¿Cómo se estructura el marco político o regulatorio que dota de determinadas características al mercado editorial? ¿Cómo los distintos elementos del ámbito del libro se han articulado a lo largo de la historia latinoamericana? Son algunas de las preguntas que podemos asociar a la descripción y el funcionamiento del ecosistema del libro en nuestro continente.

No son extraños los textos que en la actualidad asocian este concepto a la constatación de que atravesamos por una crisis. Las apariciones del nuevo lector, de nuevas editoriales, de nuevas formas de distribución, son recurrentemente referidas para dar cuenta ya sea de un pasado añorable o de un futuro incierto. Artículos de prensa, análisis académicos, manifiestos editoriales, parecieran coincidir en las condiciones del cambio inexorable por el que atraviesa dicho ecosistema. Por supuesto, la mayoría de estos escritos recurren a las nuevas tecnologías para fundar sus apreciaciones: después de internet, el mundo editorial ya no será lo mismo.

Frente a estos discursos, apologéticos o autoflagelantes, lo primero que debemos tener presente es que el ecosistema del libro, como su apelación primaria lo indica, se encuentra en un constante movimiento. Es un proceso histórico que analíticamente podemos detener, tomarle una fotografía y estudiarlo, pero como muy bien planteara Walter Benjamin, el proceso continuará su marcha y solo observaremos un fulgor que rápidamente se consumirá ante nuestra mirada. Desde esta perspectiva debemos evaluar los múltiples ensayos e investigaciones que han buscado abstraer las lógicas particulares de su funcionamiento en América Latina. *El libro en Hispanoamérica* de José Luis Martínez, *Libros* de Tomás Granados Salinas o *El libro en la cultura latinoamericana* de Gregorio Weinberg, forman parte de estos intentos por comprender tanto la historia del libro como sus alcances en la cultura continental.

Sin embargo, muchas de las preguntas planteadas a partir de estas reflexiones, solo pueden ser respondidas si consideramos que este objeto que usualmente llamamos libro es el resultado de las dinámicas de un complejo ecosistema, compuesto por instituciones, actores y prácticas. No se trata simplemente de reproducir la llamada cadena productiva (autor-editor-distribuidor-librero-lector), sino también de comprender cómo estos sujetos se relacionan entre sí, mediante qué instituciones o mediadores y en el marco de qué conjunto de regulaciones. Así, junto a estos actores, aparecen los bibliotecarios, los promotores de lectura, los correctores de estilo, los impresores, los tipógrafos, los críticos literarios, los productores de papel, entre muchos

otros. Todos ellos son relevantes en el proceso que implica que una idea plasmada en un texto finalmente sea compartida y pueda movilizarse hacia los lectores.

Pero, además, este proceso está definido por un conjunto de prácticas. Cada una de las acciones que permiten la interrelación entre estos sujetos, se han construido con el paso del tiempo, hábitos adquiridos que muchas veces pueden responder a verdaderos rituales. Ir a la biblioteca del barrio o a comprar el periódico, sentarse a leer en algún café, guardar el libro en la maleta antes de salir de viaje o simplemente el acto de prestar un ejemplar, son algunas de estas prácticas que, de algún modo, establecen límites y condiciones en este ecosistema. Recordemos, por ejemplo, el aforismo: “los libros tienen su orgullo, cuando se prestan, no vuelven nunca”. Y entonces encontramos la práctica de ponerles el nombre, la firma o en algunos otros casos adosarles un exlibris. Las bibliotecas prevenidas llevan esta situación un poco más allá y sus mecanismos de préstamo buscan evitar que los ejemplares terminen fuera de sus anaqueles. Así, cada una de estas interacciones contribuyen a dotar de una vivacidad inagotable a este ámbito de nuestra cultura.

Esta situación no se agota en los actores ni en sus prácticas. Estos procesos también han dado como resultado la constitución de una determinada institucionalidad, integrada tanto por las regulaciones, normativas y políticas, como por organismos gubernamentales, espacios educativos y entidades especializadas. Por un lado, contamos con marcos

regulatorios que han buscado a lo largo del siglo xx ajustar la legislación con las representaciones y usos de los impresos que han sostenido los distintos grupos en el poder. El denominado Estado editor, tan común en los regímenes populistas, ha sido uno de los principales resultados de los intereses de los gobiernos por impactar en el ámbito del libro. Pero no ha sido lo único ni lo más sostenido en el tiempo. Leyes o reglamentaciones en torno al fomento de la lectura, obligatoriedad de la educación, exenciones fiscales a determinadas actividades culturales, el establecimiento de planes de corto o mediano plazo en torno a la eliminación del analfabetismo, son algunos de los marcos generales que han impactado en las dinámicas de este sector.

En segundo lugar, no podemos olvidar que la creación de marcos regulatorios ha ido estrechamente ligada a la cristalización de estos lineamientos en determinadas instituciones. Así, un ordenamiento legal que permita la libre importación de papel puede impactar en la multiplicación de editoriales y periódicos. Pero si esta misma legislación también reduce los impuestos a la entrada de libros extranjeros, su impacto podría ser diametralmente opuesto. Leyes rigurosas en torno a los derechos de autor puede complicar a mercados acostumbrados a cierta laxitud en este ámbito. La orientación de los presupuestos estatales incide de igual modo. Por ejemplo, la compra de libros de texto por parte del Estado, la instalación de bibliotecas públicas, la creación de premios o fondos concursables, el subsidio de ferias, la fundación de talleres gráficos nacionales, son solo algunas formas en que se

transita de la normatividad a su concreción en determinada institución.

Por supuesto, lo político no es una esfera que solo pertenezca al Estado. De ese modo, los distintos actores de la sociedad civil, los partidos políticos, las organizaciones no gubernamentales o, simplemente, los grupos organizados desde abajo mediante sus propias lógicas de comprensión del mundo del libro y la edición, crean sus instituciones. Librerías anarquistas, bibliotecas rojas, imprentas militantes y nuevamente un sinnúmero de otros espacios cobran existencia y aumentan la cantidad de las entidades relacionadas con los múltiples actores y las diferentes prácticas.

Ahora bien, esta construcción del ecosistema del libro se da de manera simultánea —pero diferenciada— en los espacios locales, nacionales y continentales. Esto significa que también encontramos múltiples geografías al momento de contemplar dicho ecosistema. Buenos Aires, Bogotá, Santiago y Ciudad de México, desde determinada perspectiva, pueden encontrarse más cerca y mantener diálogos más estrechos que dos ciudades de un mismo país que físicamente estén a unos cuantos kilómetros de distancia. Esto no necesariamente implica la desterritorialización de este ecosistema, sino un constante movimiento mediante el cual las fronteras (entendidas como límites físicos y también simbólicos) son rearticuladas. Latinoamérica emerge en este sentido como el ámbito de referencia general, no solo en términos de construcción del mercado, sino también como el límite práctico y simbólico de numerosas iniciativas.

Finalmente, antes de concluir es necesario detenerse en otra de las variables básicas de esta propuesta. La idea de pensar el ámbito editorial como un ecosistema está fuertemente asociada al concepto de bibliodiversidad. Al igual que la diversidad biológica, la defensa del ecosistema del libro representa un desafío para la humanidad en su conjunto y hoy en día se encuentra bajo múltiples amenazas, marcadas por la monopolización, la homogenización y los regímenes autoritarios. Esta noción, propuesta por un colectivo de editores independientes de Chile en la década de 1990, tenía el objetivo de establecer que la defensa de la riqueza editorial debía convertirse en una de las bases de acción de los actores del libro, ya fueran estatales, no gubernamentales o independientes. A esta bibliodiversidad correspondería sostenerse en el acceso libre y democrático a los libros, ya que estos deben considerarse un bien común.

Evidentemente, comprender a los actores, las prácticas y la institucionalidad como un ecosistema, implica desechar cualquier apreciación de este espacio como un lugar armónico, equilibrado o en constante crecimiento. Al contrario, nos obliga a reconocer las amenazas, sus tensiones internas, sus conflictos y especialmente, su historia. En este sentido apuntan los conceptos que analizamos en el presente libro.

P

Políticas

“LAS POLÍTICAS SOBRE EL LIBRO SON INEXISTENTES”, suele ser una de las sentencias comunes a lo largo de América Latina. En determinados momentos, uno puede encontrar esta frase repetida prácticamente en cada uno de los países del continente. Sin embargo, más allá de estas declaraciones grandilocuentes, las últimas décadas han sido una tierra fértil para el impulso de legislación, disposiciones gubernamentales e incluso acuerdos internacionales sobre esta materia. Evidentemente, la proliferación por doquier de estas iniciativas no necesariamente ha implicado cambios notorios, ya sea positivos o negativos, en la situación del ámbito editorial.

Las políticas públicas en torno al libro y su promoción son, sin lugar a dudas, uno de los temas que acapara la atención de los investigadores. Especialmente la relación entre el Estado y los libros pareciera ser fructífera para analizar los devaneos entre gobiernos que intentan intervenir y una realidad que siempre pareciera superarlos. Uno de los textos ya clásicos al respecto es el libro dirigido por José Luis de Diego, *Editores y políticas editoriales en Argentina*

(1880-2010). Esta compilación precisamente concluye con un análisis cronológico de los aspectos legales e institucionales de la industria editorial argentina por parte de Silvia Naciff. En ese trabajo podemos ver con precisión uno de los temas cruciales a lo largo de prácticamente todo el siglo xx respecto a las normativas estatales, la tensión entre la protección del mercado editorial y la relevancia cultural de los libros. Por supuesto, también está detrás la constante inadecuación de leyes, frente a un ecosistema que tiene sus propias dinámicas.

Desde el plano regional, numerosos estudios han sido impulsados por el Centro Regional para el Fomento del Libro y la Lectura en América Latina y el Caribe (CERLALC). Este organismo, vinculado a la UNESCO, fue creado en 1971 y con el paso de los años ha ido fortaleciendo su presencia en el continente. Sus investigaciones suelen incorporar (además de propuestas concretas sobre las materias analizadas) recomendaciones para los gobiernos acerca de cómo legislar en determinados aspectos. Sus documentos de trabajos y libros se encuentran por lo general en acceso abierto por lo que de igual modo ha potenciado estudios derivados a partir de sus hallazgos.

A diferencia del proceso regional, a nivel local la relación entre políticas públicas y los investigadores especializados no suele tener el mismo peso. Aunque actualmente la discusión sobre el Instituto Nacional del Libro en Argentina ha implicado la participación de algunos académicos expertos en la materia. Por ejemplo, Alejandro Dujovne,

investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina (CONICET), ha intervenido directamente en su discusión. En una entrevista para *Pliegos*, boletín del Seminario Interinstitucional Usos de lo Impreso en América Latina, Dujovne explicó los alcances de este nuevo instituto en ciernes:

Desde inicios de 2018 hasta 2019 estuvimos trabajando en el armado del proyecto. Se parte de la idea de que el libro es un derecho, de que la lectura es un derecho. Más aún, de que hay un derecho al goce la lectura. A partir de eso establecimos un primer programa de acción que nos llevó a mantener sucesivas reuniones con distintos actores del sector del mundo editorial: escritores y escritoras de renombre; editores que podían o no estar agrupados a veces en las cámaras pero que son referentes y que tienen un grado alto de reflexión sobre su propia tarea; traductores que venían trabajando con sus propios proyectos y que habían tenido una experiencia política de agremiación. Trabajamos con librerías, trabajamos con talleres gráficos. Tuvimos muchas reuniones incluso dentro de un mismo eslabón porque no todos los sectores están agrupados en un solo organismo y por lo tanto hay puntos de vista, intereses y necesidades distintas. Tratamos de ser lo más receptivos posibles. Esto nos permitiría evitar que la iniciativa fuera visualizada como el proyecto “de los editores” o “de las librerías” o “de los escritores”, etc., sino que fuera “del libro”, y también escapar a un proyecto ideal donde todos estuviesen representados pero que en la práctica se enfrentara a un principio de realidad que bloqueara su sanción o su funcionamiento real.

Pese a esta experiencia, el surgimiento de las leyes en la materia por lo general no ha sido el resultado de la participación de todos los integrantes del ecosistema del libro. Por eso, en lugar de la “inexistencia” de normativas como mencionábamos al principio, lo que muchas veces tenemos es una multiplicación de regulaciones específicas que escasamente enfrentan el panorama en su conjunto. Así encontramos, por ejemplo, en Brasil la Ley 81-766 relativa al precio del libro; en Argentina, la Ley de Defensa de la Actividad Librera; en Ecuador, la Ley del Libro de 2006; en Perú, por su parte, la Ley de Democratización del Libro y de Fomento de la Lectura; en Guatemala la Ley de Fomento del Libro; o en Costa Rica donde la regulación de esta temática es simplemente la Ley de Exoneración de Impuestos y Control de Precios.

Otro tema interesante en términos de políticas públicas en los últimos años ha sido el establecimiento del precio fijo o único de los libros. Esto se ha aplicado en varios países de la región y es una de las recomendaciones del CERALC para proteger a las pequeñas librerías. En general, esta normativa evita que las grandes cadenas aprovechen su posición en el mercado para ofertar los libros por debajo del precio que podrían llegar a hacerlo los pequeños comercios. Por supuesto, encontramos variaciones dependiendo de cada país. En Ecuador, se establecen excepciones relacionadas con libros editados en número limitado, libros artísticos, libros antiguos y de colección, libros usados y libros descatalogados. Mientras en Argentina, las circunstancias excepcionales obedecen a ventas realizadas durante

ferias, días y semanas consagradas al libro o ventas realizadas a bibliotecas y otras instituciones culturales. En el caso mexicano, esta regulación se aprobó en 2015 y hoy en día nuevamente se encuentra en tela de juicio por parte de los organismos vinculados a los libros. Por un lado, desde la Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana (CANIEM) se ha propuesto su revisión ya que se considera demasiado corto el tiempo que se debe mantener este precio único (18 meses), por lo que solicitan se extienda a 36 meses. Por su parte, y en coincidencia con la CANIEM, los editores participantes en la VIII Feria del Libro Independiente realizada en septiembre de 2020, propusieron la inclusión de los libros electrónicos en esta normativa. Desde el senado mexicano, la Comisión encargada ha comenzado a revisar estas nuevas propuestas, “a fin de equilibrar el mercado, considerando que la relación de los costos entre los editores y los distribuidores se define a través de las condiciones de oportunidad, capacidad de distribución y la incidencia en el mercado”.

Ahora bien, podemos preguntarnos hasta qué punto esto potencia a las librerías. Como podemos ver en la entrada específica sobre esta materia, en general las editoriales nacionales apenas venden 25% de sus ejemplares a través de librerías. El resto de los espacios de venta corresponden a un amplio abanico de lugares, que va desde las propias instalaciones de las editoriales hasta las ferias, pasando especialmente por las tiendas de autoservicio. De ese modo, la intervención de las políticas públicas en la cadena autor-editor-libro-lector con la finalidad de promover su

éxito debe ser necesariamente más diversificada. Esto en algunos casos ha implicado la constitución de organismos especializados, como son los consejos nacionales del libro y la lectura.

Colombia, Costa Rica, Chile, México, Nicaragua y Perú, cuentan con organismos de este estilo o similares. En algunos otros casos, como Brasil, existen cámaras sectoriales, que se vinculan a organismos gubernamentales especializados. El objetivo final de estos espacios es permitir el contacto entre los actores del mundo editorial, ya sean del sector público como del sector privado, en la búsqueda de planes o políticas nacionales en torno a la lectura y, en algunos casos, a la escritura.

En definitiva, América Latina cuenta con un entramado de políticas públicas y también un conjunto diverso de actores dispuestos a confluir en la construcción de dichos esfuerzos por regular y fortalecer el ámbito editorial. Por supuesto, el desafío no es solo elaborar las normas adecuadas, sino también adquirir la capacidad para gestionar de la mejor forma posible un espacio amplio que se encuentra en constante cambio.

U

Usos

UNA DE LAS PRINCIPALES ESCENOGRAFÍAS QUE SE HAN puesto de moda en las reuniones virtuales ha sido la biblioteca. Pareciera representar el trasfondo ideal para dotar de seriedad, sapiencia o incluso hasta personalidad a los encuentros en la red. Como si por una habilidad mágica taumatúrgica se creyera que los libros detrás del hablante pudieran transmitirle ciertos valores y capacidades. Este tipo de apelación a los impresos, aunque novedoso en el ámbito virtual, posee una historia de muy larga data. Los libros, los folletos, los periódicos y hojas volantes no solo han servido como mecanismos que permiten leer determinados textos, sino que encontramos en América Latina una interminable lista de “usos” posibles.

Desde mediados del siglo XIX el libro se articuló como un mecanismo que potenciaba los tres pilares fundamentales de los movimientos políticos progresistas: la educación, la reivindicación del trabajo manual (o artesanal) y las necesidades de difusión. Bajo esta triple articulación se desarrollaron distintos “usos” por parte de los actores políticos y culturales. El mundo de la reforma educativa recurrió a

ellos con la esperanza de que portaran la civilización. En México, José Vasconcelos (una vez al frente de la Secretaría de Educación Pública en 1921) lanzó cientos de miles de lecturas clásicas, a la espera que impactaran en un país que comenzaba a salir de 10 años de guerra revolucionaria. Los docentes y profesores en el continente lucharon para que se entregaran libros gratuitos a quienes no podían comprarlos esperando que esto modificara los desequilibrios sociales. Las grandes cruzadas alfabetizadoras en Guatemala, Cuba, Nicaragua y otros países, publicaron millares de ediciones baratas para que los recientes nuevos lectores tuvieran al menos con que practicar sus nuevas habilidades. De hecho, misioneros, brigadistas —los promotores de la lectura— siguiendo a Paulo Freire, se esforzaron por hacerlos más cercanos a quienes debían utilizarlos para aprender de ellos a escribir o a leer. Se depositó, de esa forma, una confianza en la capacidad de redención del libro que incluso podemos observar en los actuales planes y programas educativos.

“No hay práctica revolucionaria sin teoría revolucionaria”, decía el eslogan de algunas de las editoriales o periódicos que los sectores comunistas fundaron a lo largo del continente. Junto con combinar el trabajo de educación y difusión, en este caso adhirieron otro uso a este objeto material. Mientras en la década de 1930, el libro barato comenzaba a masificarse, los militantes podían ahora venderlo con mayor facilidad, y, de paso, esto les permitía encontrar una forma de “sobrevivir”. No es extraño encontrar en las memorias de los militantes algunos recuerdos que los

asocian a los libros, no solo como el alimento del alma, sino también como el objeto que les permitió subsistir de forma concreta. Desde José Revueltas en México, hasta Clodomiro Almeyda en Chile, vendieron libros en su época de juventud para poder alimentarse.

Pero la confianza en este artefacto no llegó solo hasta acá. En 1949, un nuevo régimen dictatorial afectó a Chile y sus opositores debieron salir exiliados. Reunidos en México, se dedicaron a encontrar la mejor forma de hacer caer al régimen. Un libro de poesía, *El Canto General* de Pablo Neruda, sería el encargado. Para ello, había que hacerlo entrar de manera clandestina a Chile. Pero el libro tenía cerca de 400 páginas y su formato era tamaño carta, lo que hacía que fuera muy difícil de esconder. Se organizó en el país toda una red de impresores y de distribuidores de tal modo que este libro lograra su cometido. Podemos preguntarnos a la distancia por lo extraño que hoy nos parece este uso de los libros, pero aquellos hombres y mujeres, los cientos o quizás miles de personas que participaron en este proyecto, tenían la certeza de que, si hacían bien su trabajo, al final del día la dictadura caería. El libro depositaba esperanza en el trabajo cotidiano.

En la década de 1970, los militantes de la izquierda solían llevar casi siempre algún ejemplar bajo el brazo. Los “sobacos ilustrados” les llamaban con acidez algunos críticos, mientras que para los implicados el libro que cargaban probablemente fuera algo así como la biblia del partido, el libro de los pasajes o la puerta de acceso a la teoría revo-

lucionaria. Los impresos no sólo eran usados como un mecanismo de aprendizaje, sino que permitía a su poseedor distinguirse, tanto de sus enemigos políticos como de sus propios compañeros que eran incapaces de adquirir o portar aquella fuente de conocimiento invaluable.

Por supuesto, frente a estas posibilidades, Martín Bergel, investigador argentino, ha planteado la “teoría de la no-lectura”: miles de impresos publicados no con la finalidad de ser leídos, sino que con otros múltiples usos. Estos podrían ir desde el simple hecho de demostrar que se podía imprimir un libro, o sea, que se tenían las habilidades técnicas para participar del debate, hasta utilizar su circulación como evidencia de que las censuras gubernamentales podían ser burladas por el ingenio y la disciplina partidista. Así, no todos los libros necesitaban ser leídos para cumplir con sus objetivos.

Incluso para las derechas, menos dadas a confiar en los libros salvo en la Biblia, los materiales impresos han jugado parte central en sus estrategias. En la dictadura cívico militar chilena, inaugurada con el golpe de Estado de 1973, casi al mismo tiempo que los militares quemaban miles de ejemplares en hogueras improvisadas, los personeros civiles creaban el *Libro blanco*, un texto que justificaba la barbarie y que servía como arma en la guerra psicológica que jugaban en contra del pueblo chileno. En todo caso esos mismos militares eximieron del fuego a *Las venas abiertas de América Latina* de Eduardo Galeano por considerarlo un libro de medicina y dejaron entrar cientos de ejemplares

soviéticos de *Así se templó el acero*, al catalogarlo como un libro técnico metalúrgico.

Menos obtusos han sido los editores argentinos de la derecha, que ha investigado con detención Ezequiel Saferstein. Asentados en los puestos de dirección de las cadenas transnacionales, han sido capaces de generar una oferta sostenida de *best sellers* o libros de coyuntura política que critican sistemáticamente al gobierno peronista. En este caso, no es el Estado, ni las editoriales partidistas las que se incorporan al juego político, sino los grandes conglomerados que, como vemos, hoy manejan una buena parte del mercado editorial.

Esta última circunstancia nos advierte que los diferentes usos de los impresos no se restringen solo a los espacios políticos. La cultura de masas se constituyó fundamentalmente durante el siglo xx en torno a estos materiales, aunque en este aspecto los libros tuvieron una importancia menor, en comparación con las revistas, los comics, los volantes o incluso los carteles. La lista de estos materiales es interminable y nos pueden llevar al coleccionista, al bibliófilo, al librero de viejo, al pequeño quiosco, a la imprenta especializada en tarjetas de presentación, a las guías del transporte de las ciudades, a las revistas de moda, a la propaganda pegada en alguna pared o transformada en afiche en alguna cantina, entre cientos o miles de otras posibilidades. Podemos entonces preguntarnos, desde el investigador interesado, ¿dónde encontramos todos estos artefactos? La respuesta sin duda es un desafío que apenas

han comenzado a explorar algunos centros documentales especializados.

Antes de concluir consideramos necesario preguntar por un uso de los impresos que ha sido clave desde la invención misma de la imprenta. Así como hoy los dispositivos electrónicos remplazan nuestra necesidad de recordar, los libros en su momento modificaron las formas en que se construía la memoria. Los cuentos y relatos se desplegaban en el mundo de la oralidad, hasta que comenzaron a ser fijados en textos. De ese modo, los impresos se convirtieron en una forma muy particular de elaborar esta memoria. La extendida práctica del folleto conmemorativo o incluso de las imágenes de la vida social impresas en los periódicos, son quizás las manifestaciones más obvias de este verdadero método del recuerdo. Los libros permitieron fijar nuestros recuerdos, establecer diálogos con ellos, cuestionarlos y reinterpretarlos. Cada nueva generación encontró en ellos una forma de establecer lazos comunitarios con su pasado y proyectar su propia identidad hacia el futuro. Los impresos dieron sentido finalmente a las sociedades tal y como hoy las conocemos, son de alguna manera sus cimientos. Quizás por ello la biblioteca familiar se ha vuelto el escenario desde donde algunos se sienten más seguros para realizar sus videoconferencias. En estos tiempos de crisis, al menos los impresos, sus materialidades, pueden entregar un poco de confianza en medio de lo efímero.

G

Género

EL ESPACIO EDITORIAL LATINOAMERICANO ES MARCADAMENTE femenino. La mayoría de las personas que trabajan en él corresponde a mujeres (entre el 65 y el 70% según algunos estudios dependiendo del área). Sin embargo, no solo esta abrumadora mayoría ha sido invisibilizada, sino que también, como sucede en otros muchos ámbitos laborales, en la medida que subimos en la pirámide ocupacional encontramos que los puestos de dirección son regularmente ocupados por hombres. Esta situación define de manera indeleble todas y cada una de las prácticas, proyectos y representaciones que marcan la edición en América Latina.

En este caso, los intentos a través de distintas alternativas por modificar estas condiciones son quizás más visibles que en otros ámbitos menos abiertos al escrutinio público. En los últimos años numerosas iniciativas independientes y colectivas han enfatizado la necesidad de cuestionar la hegemonía masculina desde las prácticas cotidianas. A lo largo del continente, son innumerables las editoriales feministas que no sólo han lanzado nuevos títulos, sino que han

realizado un esfuerzo por reconstruir las formas de trabajo de esta industria, o como propone la agrupación editorial Comando Plath desde Lima: “Escribimos, publicamos, existimos”. En algunos países esto ha cristalizado en la búsqueda de convergencias e incluso se han llegado a realizar eventos masivos, como la Feria del Libro Feminista que tiene lugar en Buenos Aires desde 2017 (con más de 70 editoriales) o LILA, nombre que recibió la primera feria del libro feminista que se realizó en Santiago en 2018, con más de 30 expositores. Este 2020 en México se realizó la Feria Nacional del Libro de Escritoras Mexicanas, surgida desde el colectivo Escritoras MX, logró agrupar a más de 100 escritoras en varias decenas de actividades.

La fundación de librerías que cuestionan las dinámicas de género tampoco ha sido un plano que se quedara rezagado en este proceso. La Librería de Mujeres abrió en Buenos Aires en 1995; la Librería Lila fue creada en Santiago por Jimena Pizarro en 1984; desde hace algunos años funciona no muy cerca del centro de Bogotá, la iniciativa feminista El telar de las palabras; en el sur de la Ciudad de México se encuentra U-Tópicas, que además de librería es galería de arte. Estas son sólo algunas de las tantas experiencias repartidas a lo largo del continente.

Detrás de todos estos emprendimientos hay dos variables que es necesario destacar. La primera de ellas obedece a la idea de la edición como instrumento de pedagogía feminista. Imaginar, producir y poner en circulación artefactos impresos pueden ser mecanismos que contribuyan a la

formación amplia y crítica de quienes se embarquen en estas tareas. La recurrente doble cara del libro, producto material y a la vez depositario de ideas, permite llevar esta función educativa más allá de lo que admiten otros elementos. Esta utilización, aunque como hemos visto en otras entradas de este libro no es una novedad para los movimientos sociales y políticos, ha sido retomada por algunas de estas editoriales, librerías o talleres de impresión como una propuesta alternativa a los modelos masculinos dominantes.

Pero esta no es la única consideración al momento de evaluar los objetivos de la proliferación de iniciativas que vinculan la producción editorial y las problemáticas de género. Para un grupo relevante de las y los implicados esta apuesta busca convertir la bibliodiversidad en parte de diálogos políticos y culturales. Esto permite repensar las problemáticas asociadas a cómo se construyen los distintos modelos culturales en América Latina. Quizás en esto se fundamenta la importancia y la radicalidad de las propuestas feministas en su abordaje al ámbito editorial.

Ahora bien, otros actores de esta industria como las grandes empresas transnacionales o las editoriales universitarias también se han vinculado a este proceso. En algunos casos han aprovechado el momento para lanzar libros sobre la temática. *Ellas editan* (2019) de Editorial Planeta relata las experiencias de dieciséis editoras colombianas. Mientras que desde la Universidad Nacional Autónoma de México se lanzó a fines de 2019 la colección *Vindictas*, en las que se incluyeron las obras *El lugar donde crece la hierba*

de Luisa Josefina Hernández; *Minotauromaquia* de Tita Valencia; *De ausencia* de María Luisa “La china” Mendoza; *En estado de memoria* de Tununa Mercado, y *La cripta del espejo* de Marcela del Río. Con esta iniciativa, planteada con un sentido latinoamericano, su impulsora Socorro Venegas busca no sólo recuperar la voz de estas escritoras, sino además cuestionar el canon masculinizado de la literatura latinoamericana.

Desde las disciplinas que investigan estas temáticas, la filigrana que viene reconstruyendo las experiencias de cientos de mujeres editoras, literatas, poetisas, impresoras, ha permitido tener una imagen más completa de su participación. El resultado de estas búsquedas ha sido cuestionar el relato tradicional que posiciona a las mujeres en un segundo plano y destacar el hecho de que desde el siglo XVI hasta nuestros días su intervención en este campo ha sido uno de los pilares centrales de la actividad. En este aspecto, el cruce entre la historia de las mujeres, los estudios de género y las investigaciones sobre la edición ha sido particularmente benéfico para desenmarañar los elementos centrales tanto de la diversidad de su involucramiento, como de su invisibilización¹. En buena medida, se ha logrado no solo recuperar los nombres y las prácticas de las implicadas, sino también conocer cuáles han sido los mecanismos que posibilitaron que dichos nombres fueran postergados.

¹ Ver por ejemplo las propuestas disponibles en internet: <https://www.decimononicas.com/> o <https://prensademujeres.cl/>.

Entre las distintas instancias que se han consolidado en el ámbito académico latinoamericano, por ejemplo, encontramos el grupo de trabajo sobre *Mulheres na Edição* en el Centro Federal de Educação Tecnológica (CEFET) de Mina Gerais. En este caso, Ana Elisa Ribeiro, Paula Renata Moreira y Maria do Rosário Alves Pereira lograron que dicha institución de casi un siglo de existencia y especializada en las ciencias exactas, creara un lugar enfocado en los estudios sobre la producción editorial en Brasil. Las revistas académicas también han dado espacio a estas iniciativas. El dossier “Mujeres que hacen libros”, de *Mora*, la revista del Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, es particularmente interesante en este ámbito, debido a que se plantea conjugar estos procesos investigativos con el avance hacia una política editorial con perspectiva de género.

De hecho, esta última problemática nos conduce a una de las situaciones que podemos retomar de los mismos estudios de género: es posible que las identidades laborales permanezcan estables, pese a la incorporación de mujeres u hombres a tareas asociadas a determinado género. En otras palabras, por más que se abran cada vez más espacios a la presencia femenina, esto puede no ser suficiente para reconvertir los desequilibrios al interior de este sector. De este modo, lo fundamental consiste en que los cuestionamientos reconozcan que la reconceptualización de la importancia de las mujeres en los procesos editoriales latinoamericanos no involucra solamente sumar un nuevo

actor a una historia masculina, sino que debería implicar la rearticulación de todos sus ámbitos, reescribir por completo nuestras formas de concebir el trabajo editorial.

En este sentido, muchos de los desafíos planteados continúan abiertos. Quizás uno de los más acuciantes apunta a apreciar con mayor detalle las variables de género que se enfocan en analizar las dinámicas relacionales e interacciones de los involucrados. Es necesario preguntarnos cómo se han establecido las distintas jerarquías y cómo estas construcciones han impactado en las diferentes actividades relacionadas con la edición. Si bien observamos una tendencia a reincorporar a editoras o escritoras, las cuales forman parte de la cúspide del ámbito editorial, podemos cuestionarnos también qué sucede con aquellas mujeres que ingresan en otros niveles de la edición. Por ejemplo, no es difícil encontrar imágenes y fotografías de mujeres en los talleres, en la encuadernación, en la formación, en la costura. Pero hasta el momento, las experiencias de estas mujeres han tendido a quedar postergadas, fuera de los límites de las investigaciones actuales. Los cruces del género con la clase y con la etnicidad no han tenido el mismo desarrollo al momento de comprender la edición latinoamericana.

Finalmente, si encontramos diferencias entre las mujeres, también es necesario avanzar en el análisis de la construcción de las masculinidades al interior de este espacio. En palabras de Raewyn Connell (1997), podríamos preguntarnos por cuál es el “dividendo patriarcal” o, en otras pala-

bras, qué obtienen los trabajadores del ámbito editorial bajo las actuales condiciones. O bien, ¿cuáles han sido las masculinidades hegemónicas o subordinadas que se han construido a su alrededor?

Estas son sólo algunas de las preguntas claves para entender las actuales dinámicas de género en los distintos espacios de la edición latinoamericana.

M

Memoria

LOS LIBROS, FOLLETOS Y OTROS IMPRESOS CONSTITUYEN parte de la memoria colectiva de nuestras sociedades. En ellos están plasmados conocimientos, ideas, proyectos, emociones, sentimientos, dudas, problemas, sueños. Por lo tanto, su preservación y circulación es también una forma de construir comunidad, de recordar nuestro pasado y proyectarnos hacia el futuro.

Quizás conscientes de esta situación los regímenes militares se esforzaron por combatir el mundo de los libros. *La Biblioteca Roja. Brevísima relación de la destrucción de los libros* (2017), de Agustín Berti, Gabriela Halac y Tomás Alzogaray Vanella, relata precisamente este encuentro con la memoria. Los padres de Tomás, militantes políticos en la Universidad Nacional de Córdoba, decidieron enterrar sus libros antes de que los organismos de seguridad del régimen dictatorial dieran con ellos. Sin embargo, la represión no amainó y después de un tiempo dieron los libros por perdidos. Pasaron casi 30 años cuando una nueva generación decidió, con ayuda de miembros del Equipo Argentino de Antropología Forense, cavar en búsqueda

de la biblioteca. A diferencia de otras excavaciones, marcadas por la evidencia de la muerte, en este caso lo que encontraron fueron más que pequeños alijos de libros viejos, en palabras de los implicados fue “la posibilidad de restitución de los sentidos construidos en ese material hallado, un sentido que no ha desaparecido”. La restitución de esta memoria es un tema fundamental en esta América Latina fracturada por la violencia y las desapariciones.

Los impresos desempeñan en este sentido una función de vínculo entre las generaciones. Como experiencias que se van yuxtaponiendo, que permiten diálogos más allá de las temporalidades de vida de los sujetos, la fijación de los discursos en determinados soportes materiales potencia las relaciones intergeneracionales. Este movimiento vertical hacia el pasado está asociado también a uno en dirección horizontal, en la medida que estas conexiones permiten conocer las experiencias de sujetos en otras latitudes o simplemente en otras partes de nuestros países. Tal vez por ello la misma idea de la constitución de América Latina como un espacio de encuentro cultural sea indisociable de los vínculos realizados a través de los libros.

Por supuesto, muchas veces estos diálogos en diferentes direcciones son menos fluidos de lo que esperamos. Y frente a estos problemas, las comunidades, instituciones educativas y los organismos de la sociedad civil han comenzado a intervenir. En Ecuador, por ejemplo, algunas universidades y otras entidades a principios de 2020 concertaron un acuerdo para compilar y sistematizar la memoria

bibliográfica de lo que el país ha producido en relación con la educación intercultural bilingüe, etnoeducación e interculturalidad. Esto significará la creación de un repositorio digital de libre acceso, coordinado por el Laboratorio de Interculturalidad de FLACSO Ecuador, en el que además participarán la Universidad Andina Simón Bolívar (UASB) Sede Ecuador, la Pontificia Universidad Católica del Ecuador (PUCE), la Universidad de Cuenca, la Universidad Politécnica Salesiana (UPS), la Editorial Abya-Yala y el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (Unicef). Dadas las características de los materiales que se resguardarán y la dispersión de los fragmentos de esta memoria bibliográfica, cualquier iniciativa de esta envergadura exige la confluencia de múltiples esfuerzos.

Ahora bien, desde las instituciones culturales del Estado y los organismos supranacionales esta memoria colectiva se ha transmutado en un concepto más aséptico: el patrimonio documental. Bajo esta noción, entidades como la UNESCO han generado amplios planes de resguardo y conservación de todo aquello que se considera “valioso”. Por supuesto, esto ha generado cambios significativos en la función de las bibliotecas y los archivos, las entidades especializadas en el manejo de estos impresos. Uno de los elementos importantes ha sido, para beneplácito de los historiadores, la ampliación de los materiales considerados parte de esta memoria. Si hasta hace algunos años las bibliotecas rechazaban resguardar elementos que no fueran libros con ISBN, hoy en día muchas se han abierto a crear colecciones de objetos impresos mucho más allá de

los libros, folletos, periódicos o revistas. Repositorios de hojas volantes, de afiches, de material de propaganda, postales, entre muchas otras alternativas, han comenzado lentamente a acumularse en las entidades respectivas.

Por su parte, los archivos también han empezado a reelaborarse considerando las nuevas lógicas impulsadas por la concepción de los *lugares de memoria*. Esta idea, desarrollada por Pierre Nora (1997) para explicar la importancia cultural y política de estos sitios, ha motivado la conversión de los archivos nacionales o locales en centros de articulación entre la memoria y las discusiones contemporáneas. Lo que antes era solo considerado un lugar que resguardaba documentos antiguos, ahora sus gestores optan cada vez con mayor ímpetu por asociarlos a los debates y las necesidades de sus respectivos países. El Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (CeDIInCI), en Buenos Aires es un claro ejemplo de los cambios que están desplegando los archivos a lo largo del continente, preocupados de resguardar la memoria bibliográfica, pero también de poner en movimiento nuevas discusiones. Y no es algo aislado, el Archivo José Carlos Mariátegui en Lima es otro caso similar. O incluso esto queda aún en mayor evidencia en el Archivo de Gregorio y Marta Selser de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, que en 2009 optó por transformarse en el Centro Académico de la Memoria de Nuestra América (CAMeNA). “El cambio de nombre busca destacar la naturaleza académica del área y del potencial para la docencia y la investigación, concentradas en la recuperación y

reflexión sobre la memoria de América Latina”, explica su página web.

Estos cambios institucionales han estado asociados en la mayor parte de los casos a la digitalización de sus acervos. La posibilidad de consultas a través de internet ha impactado en la propia definición de estos espacios. Y aquí quizás una de las experiencias más reconocidas en América Latina es Memoria Chilena, el portal de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos de Chile (DIBAM). Esta iniciativa ha recibido numerosos premios internacionales por su labor. Sin la posibilidad de digitalizar todos los materiales que posee la biblioteca, han optado por desarrollar minisitios dentro del portal, con temas coyunturales y aquellos que un equipo multidisciplinario considera relevantes. La idea de sus impulsores es reflejar la diversidad cultural chilena, facilitar el acceso a las fuentes de información y estimular la producción de nuevo conocimiento. De hecho, esta apuesta ha comenzado a ser replicada en otros lugares del continente. México, por ejemplo, lanzó en 2019 el portal Memórica, que lentamente ha ido incrementando sus acervos digitalizados.

Ahora bien, el uso de internet es solo una de las múltiples formas que el esfuerzo de preservación de la memoria bibliográfica ha adquirido en América Latina. En Panamá, la Biblioteca Nacional lanzó en 2016 un proyecto de editorial, precisamente con esta finalidad. Las 59 bibliotecas y los dos bibliobuses adscritos a esta entidad también han sido parte de este esfuerzo, que les permitirá reeditar

aquellas obras que consideran de valor histórico, literario o académico. Además, algunos de los principales intelectuales del país se han incorporado a su consejo editorial, como el historiador Celestino Andrés Araúz o la poeta Consuelo Tomás Fitzgerald.

Por supuesto, en la mayoría de los países de América Latina, donde el cumplimiento con el registro intelectual o el depósito legal es precario, las bibliotecas nacionales solo poseen una parte de la riqueza bibliográfica editada en sus territorios. En este sentido, el resguardo de estos materiales impresos pasa por la responsabilidad de todos los actores implicados en este ecosistema. Las librerías de viejo, los coleccionistas privados, los anticuarios, entre otros, están llamados a desempeñar un papel clave en la conservación de la biodiversidad de nuestra memoria colectiva.



Editoriales

SI OBSERVAMOS LAS CIFRAS DE ALGUNOS DE LOS mercados nacionales, podemos encontrar que se componen por lo regular en un 90% por editoriales medianas y pequeñas, que a su vez publican 30% y 10% de los títulos respectivamente. Por otra parte, los grandes grupos representan 10% del total de estas empresas, aunque producen cerca de 60% de los libros disponibles en el mercado. En otras palabras, la concentración es un problema que afecta cada vez con mayor profundidad la composición de ámbito editorial. Esta situación no es sólo el resultado de procesos desencadenados en la actual etapa monopólica que enfrenta la mayoría de las actividades productivas, sino también en buena medida se debe a múltiples decisiones que afectaron a la industria a lo largo del siglo xx y las primeras décadas del xxi.

Como la mayoría de los investigadores han planteado, entre ellos Bernardo Subercaseaux en *Historia del libro en Chile*, Miguel Ángel Pineda en *Editar en Colombia en el siglo xx* o José Luis de Diego en *Editores y políticas editoriales en Argentina*, la consolidación contemporánea del esquema

productivo editorial latinoamericano se remonta a los años 1930-1940. En aquellas fechas varias circunstancias coincidieron en la conformación de un sistema editorial específico, que se proyectó hasta la actualidad. La sustitución de importaciones consolidó las empresas locales, mientras que la intervención del Estado en el ámbito cultural generó un mercado más amplio. En general, el aumento de la población alfabetizada involucró mayor cantidad de potenciales consumidores. Los planes de urbanización, de fundación de nuevas universidades igualmente impactaron en la cantidad de lectores. La producción de papel se convirtió en un tema relevante para las políticas públicas, al mismo tiempo que también comenzaba a velarse por los derechos de autor. En el plano directamente relacionado con la labor editorial, podemos ver muestras de profesionalización de estas labores. El trabajo del editor se especializó, se comenzó a diferenciar del impresor y del escritor.

A estos procesos locales se sumó el fuerte impacto de la Guerra Civil Española, que modificó los mercados nacionales y los flujos transatlánticos de libros. En un primer momento esto significó un espacio relevante para aquellas experiencias que habían comenzado a funcionar un poco antes que iniciara el conflicto. Desde México, Ediciones Frente Cultural llegó a distribuir un millón de ejemplares, mientras Ediciones Ercilla en Santiago lanzaba dos o tres libros nuevos diarios durante esta etapa. Para comprender el vacío dejado por el libro español, pueden ser muy útiles las cifras que propone Fernando Peñalosa para el caso mexicano. Según sus datos, México importaba 752 mil

pesos en libros desde España en 1935. Para 1939, la cifra se reducía a 89 mil. Más allá de las críticas metodológicas frente a estos números, la caída alcanzó a casi un 90%. El efecto inmediato que podemos ver fue el fortalecimiento de las compras a Argentina, a Chile y a Estados Unidos, pero también un incremento sostenido de la producción local.

El segundo efecto de la guerra española fue el arribo al continente de numerosos expertos en el ámbito editorial. En general esta temática ha sido analizada desde algunos de los casos emblemáticos, como Wenceslao Roces o Gonzalo Losada entre otros, pero aún se podría profundizar en sectores de la industria menos visibles, como el impacto de los cientos de tipógrafos en las imprentas latinoamericanas. Indudablemente, la llegada de este contingente modificó las formas del trabajo editorial y permitió a algunos países del continente consolidar los procesos incipientes que venían desarrollándose con antelación.

Otro asunto relevante en el mundo de la edición latinoamericana se desarrolló casi de manera paralela a estos años, catalogados por algunos especialistas como una época dorada. Me refiero en particular a la edición universitaria. La UNAM, por ejemplo, fundó su Imprenta Universitaria a mediados de la década de 1930. Ésta funcionó como una cooperativa, hasta que distintos problemas la empujaron a convertirse en una dependencia de la institución educativa. Un camino similar siguió la Editorial Universitaria de la Universidad de Chile. En este caso, fue-

ron los estudiantes de ingeniería quienes crearon la cooperativa en 1943. El objetivo era publicar apuntes a mimeógrafo e importar libros de estudio (El Fondo de Cultura Económica en su origen responde a estas mismas inquietudes). Sin embargo, dado el éxito inicial, el rector Juvenal Hernández decidió convertir esta iniciativa en la entidad oficial de la universidad para gestionar sus propias publicaciones. Este proceso finalmente retomó impulso en América Latina en la década de 1950, cuando en Argentina se creó la Editorial de la Universidad de Buenos Aires (EUDEBA), en Brasil comenzó a funcionar la Editora Da Universidade de São Paulo y en Colombia surgió la Imprenta de la Universidad Nacional. Hasta el día de hoy el panorama editorial latinoamericano no puede completarse sin considerar el profundo impacto que la labor universitaria tiene en este ámbito.

Junto a este fenómeno, también se produjo un proceso de intervención educativa más amplio en el mundo de la edición en torno a los materiales de lectura obligatorios para los estudiantes de primaria y secundaria. Esto ha tenido una huella profunda hasta la actualidad. En el caso de México la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos (Conaliteg), organismo encargado de este tema, produjo cerca de 250 millones de ejemplares para el ciclo escolar 2019-2020. Desde otro esquema de intervención, ya no desde el ámbito productivo, el mayor comprador de libros didácticos y de literatura en América Latina es el Ministerio de Educación de Brasil. Con variaciones dependiendo del año, sus adquisiciones pueden llegar a representar alrede-

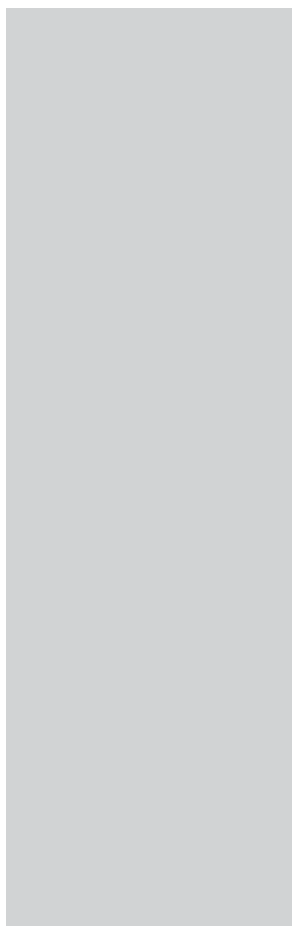
dor del 70% del mercado editorial brasileño. Este volcamiento hacia el ámbito escolar se reproduce prácticamente en todos los países del continente, por lo que no es un dato menor al momento de analizar la estructura del mundo editorial latinoamericano.

Ahora bien, un tercer proceso relevante en este aspecto corresponde a las condiciones abiertas en la década de 1960 que implicaron la multiplicación de iniciativas nacionales y regionales. Las condiciones de la Guerra Fría Cultural motivaron que los libros, los escritores, las editoriales, se convirtieran en actores relevantes de los procesos políticos. Por lo tanto, la edición se transformó en un teatro más de las luchas políticas. De hecho, el boom latinoamericano de este periodo no puede explicarse sin comprender las dinámicas que el enfrentamiento global implicaba para los actores locales. *Editar desde la izquierda* de Gustavo Sorá ha mostrado con maestría esta situación desde la Editorial Siglo XXI, y *La ciudad y los perros. Biografía de una novela* de Carlos Aguirre ha hecho lo propio, pero desde la perspectiva del reconocido libro de Vargas Llosa. El proceso de popularización de la lectura desarrollado en estos años significó la búsqueda de una mayor cantidad de consumidores, pero también una reivindicación de lo “popular” en medio de las tensiones políticas. Esta recuperación de las clases populares, la encontramos en el eje de proyectos como Populibros en Perú, Ediciones Era en México, Centro Editor de América Latina en Buenos Aires o Quimantú para el caso chileno. Lo innegable es que este proceso de acercamiento del libro

a las amplias masas de la población envolvió la multiplicación de los proyectos editoriales, ya fueran iniciativas partidistas, estatales o simplemente comerciales. El resultado fue la ampliación y diversificación de la oferta editorial, el aumento de los tirajes, la mayor circulación de ejemplares y la proliferación de literaturas locales, nacionales y latinoamericanas.

Finalmente, una última etapa en el desarrollo del mundo editorial latinoamericano obedece a su transnacionalización. Aunque esto fue una condición permanente, recordemos por ejemplo los esfuerzos del Fondo de Cultura Económica por mantener filiales en distintos países de América Latina, a partir de la década de 1980 encontramos cada vez con mayor recurrencia la internacionalización de los sellos editoriales. Esto estuvo asociado, en muchos casos, a su adquisición por parte de conglomerados transnacionales, que han mantenido sus nombres, y en algunas ocasiones sus catálogos. Este por ejemplo es el caso de Editorial Joaquín Mortiz, fundada en 1962 por el emigrado español Joaquín Díez-Canedo e incorporada en 1985 al Grupo Planeta. O Editorial Sudamericana, creada en 1939 por un grupo de literatos vinculado a la *Revista Sur*, la cual desde 1998 es un sello del grupo Penguin Random House. Por distintas vías, ambos grupos controlan hoy en día cerca de la mitad de la producción de los libros en español.

Por supuesto, esta situación no ha dejado indiferente a muchos de los actores del mundo editorial, que han buscado alternativas en este contexto de concentración.



Independientes

HASTA HACE ALGUNOS AÑOS DESDE EL ÁMBITO DEL libro estábamos acostumbrados a asociar la palabra “independiente” casi de manera exclusiva a las editoriales. Se trataba de destacar una diferencia entre este tipo de empresas y aquellas que se vinculaban al Estado, a las universidades o a las grandes cadenas comerciales. Este acercamiento descansaba en la idea de que existe una tensión entre cultura y mercado detrás de cada impreso. Sin embargo, en este apartado lo primero que debemos señalar es que en la actualidad en América Latina dicho concepto puede aplicarse a prácticamente todos los componentes del ecosistema del libro. La “independencia” se ha convertido en un valor buscado por los múltiples actores, en algunos casos de manera obsesiva, ya sean editores, librereros, distribuidores, críticos literarios e incluso autores.

El concepto es evasivo y suele definirse por negación. Los independientes son los que no forman parte de un conglomerado transnacional, los que no dependen del Estado, los que no reciben recursos de alguna universidad, entre otras posibilidades. El problema aparece cuando se comienzan a

tratar de establecer algunas características mínimas y de inmediato encontramos tantas alternativas que llegar a una síntesis resulta casi imposible. De hecho, algunos implicados prefieren evitar el término enfatizando alguna otra característica de su trabajo como, por ejemplo, lo artesanal, lo barrial o lo colectivo. La tendencia actual, sin embargo, apunta fundamentalmente a tratar de diluir las lógicas binarias que se habían establecido en torno al libro: contenido/forma, cultura/mercado, lectores/analfabetas y por supuesto independientes/dependientes. La amplia escala de matices existentes en el ámbito de la edición exige que estas diadas sean problematizadas. De ese modo, hoy la definición de quiénes son independientes pasa por la estructura de la empresa, los procesos organizativos, las relaciones con los lectores y con los autores y, especialmente, por cómo construyen sus catálogos.

Si retomamos las experiencias de las librerías independientes podemos ir añadiendo algunas características. A lo largo de América Latina han comenzado a proliferar en los últimos años este tipo de iniciativas. Según algunos censos, en Argentina existen más de 800, mientras que en México han empezado a agruparse en la Red de Librerías Independientes (RELI). Son dos los principales elementos que articulan estos esfuerzos. El primero de ellos obedece a la noción extendida de que librería independiente es sinónimo de librería de barrio. Este asentamiento territorial las dota de un vínculo especial con sus clientes, les permite focalizarse en las necesidades de su público, conocerlo en profundidad e involucrarse en sus prácticas de lectura. De

hecho, los estudios señalan de manera reiterativa que la relación lector/librería se fortalece en la medida que las distancias entre ambos disminuyen.

El segundo elemento importante asociado a la idea de la librería de barrio/independiente corresponde a que estos espacios rara vez son solamente lugares de compra y venta de libros. En la mayoría de los casos, se convierten en gestores de la cultura local, que son capaces de articular diferentes manifestaciones artísticas y sociales, mucho más allá de la circulación de impresos. Estos lugares, conscientes de la necesidad que tienen de reconstruir la relación entre los lectores y los impresos, apuestan por convertir la sociabilidad en parte de este proceso. Esta es quizás la apuesta más importante de estos organismos: contribuir a que la lectura se transforme en una práctica cotidiana para un cada vez más amplio porcentaje de la población.

Ahora bien, desde esta misma perspectiva, uno de los problemas centrales del mundo de la edición corresponde a la distribución. En algún momento el literato Ricardo Pligia llegó a afirmar que los escritores viajaban más que los libros. Eran los años del *método maleta*, donde esa era la única forma de llevar ejemplares de un país a otro. Tal vez por ello, este aspecto no ha quedado al margen de los esfuerzos por construir actores independientes. La Diligencia Libros en Colombia es uno de los tantos ejemplos que cada vez surgen con mayor fuerza a lo largo del continente. Distribuye 19 sellos editoriales a través de librerías, tiendas de diseño, galerías y museos, y según su propia

declaración de principios apuesta por la diversidad tanto a través de su catálogo como en cuanto a sus puntos de venta. En Argentina encontramos a La Periférica, con presencia en más de 70 librerías y distribuidora no sólo de sellos nacionales, sino también de editoriales españolas, chilenas, uruguayas, mexicanas. Desde Bolivia, LaLibre es un proyecto que promueve al mismo tiempo la edición, la venta y la distribución. Pero además incorporan otro concepto a su propuesta: el comercio justo. En sus principios declaran buscar “un trato consciente con autoras, productoras y el público, porque creemos en la producción local”.

En este plano, unos pasos relevantes se han dado en los últimos años y estos han sido acelerados por la pandemia de la Covid-19. Me refiero a la incorporación de herramientas tecnológicas que permiten manejar con mayor eficiencia la distribución. El sector independiente, dado su tamaño, pero también su flexibilidad, ha explorado con mayor profundidad la aplicación de nuevas plataformas. Bookwire, Metabooks, Bookmate y Storytel son algunas de las herramientas que han comenzado a ser utilizadas por libreros, editores y distribuidores. Las dos primeras por ejemplo fortalecieron las ventas del sector en la VIII Feria del Libro Independiente, organizada de manera virtual en septiembre de 2020 en la Ciudad de México. Este tipo de plataformas permiten mantener un panorama completo de la demanda, de la producción o de las cadenas de distribución. Este conocimiento virtual asociado a las experiencias en terreno que ha desarrollado el sector independiente genera un círculo virtuoso difícil de conseguir de otra

forma. De ese modo, la virtualidad, el Creative Commons o el Copyleft son conceptos inseparables para quienes hoy se declaran independientes.

Pese a las continuas crisis, este tipo de editoriales en América Latina se cuentan por cientos, tal vez miles, y no hay señales de que este número decaiga.¹ En este plano me parece relevante destacar la enorme capacidad de autorreflexión que han generado. No existe una editorial independiente que no se haya preguntado en algún momento: “¿de qué hablamos cuando hablamos de edición independiente?”. Para quienes realizamos investigación al respecto este ejercicio de definición permanente entrega una cantidad importante de material. Tal vez por ello, las tesis y los trabajos académicos sobre ellas suelen ser indirectamente proporcionales a su participación en el mercado del libro. Escasamente encontramos investigadores enfocados en alguna transnacional de la edición, mientras que regularmente vemos libros y artículos relacionados con la edición independiente.

Esta condición autorreflexiva tiene una conexión con sus habilidades para cuestionar de manera profunda las dinámicas laborales, los modelos empresariales y los cánones establecidos. De ese modo, encontramos muchas veces en su propia práctica un desafío a los límites de la literatura o incluso, en un sentido más amplio, una crítica a las formas en las que se construye la cultura en nuestros países. En este

¹ Para una visión panorámica el proyecto Ecoedit.org ha desarrollado un mapa donde se pueden localizar algunas de ellas en todo el continente.

sentido la palabra “independiente” puede considerarse una autodenominación que apela a lo político y especialmente al disenso sobre algunos de los aspectos centrales del mundo editorial, cultural, social y político realmente existente.

También podemos preguntarnos en qué momento estas apuestas, que se han catalogado como la micropolítica de la edición, superan los límites de la resistencia defensiva frente a las “grandes” editoriales y a los procesos culturales de homogenización. Quizás esta tensión nos conduce a otro de los elementos centrales para caracterizar la independencia en el ámbito editorial. Me parece necesario advertir que las tendencias por las que atraviesan estos diferentes actores latinoamericanos apuntan indudablemente hacia la agrupación. El concepto clave para todos ellos hoy en día es la interdependencia. Esto ha significado que una de las principales lógicas de su trabajo, en muchos casos horizontal, en la actualidad se oriente a constituir redes. El entramado que vienen construyendo desde hace algunos años a través de los distintos países, sin lugar a duda, ha fortalecido sus propuestas y de paso ha dotado de una nueva densidad cultural a las iniciativas locales. La idea de una literatura latinoamericana o de un pensamiento crítico continental solo es posible gracias a estas redes capilares, impulsadas desde abajo, que conectan a autores, editores, escritores y otros trabajadores de la edición.



Librerías

LA EXPERIENCIA DE ENTRAR A UNA LIBRERÍA, PERDERSE en sus pasillos, buscar ansiosamente entre los títulos, encontrar sorpresivamente lo que no se estaba buscando, cruzar algunas palabras con el encargado, y otras múltiples posibilidades, ha sido quizás uno de los episodios favoritos por los escritores al momento de referirse a su relación con los libros. Eso sí, podemos encontrar distintos puntos de vista, desde las narraciones de Roberto Bolaño sobre la *expropiación* de ejemplares en las grandes librerías de la Ciudad de México, hasta el acercamiento poético de Benjamín Chávez en *Pequeña librería de viejo* en La Paz, pasando por las innumerables crónicas, cuentos y relatos bibliofílicos.

Desde la literatura, la librería se erige como ese lugar simbólico, depositario de la cultura, pero a la vez encierra un mundo críptico y misterioso, dúctil para comenzar cualquier relato. Tal vez por ello algunas librerías son espacios reconocidos en la topografía cultural latinoamericana: la librería Lehmann en San José de Costa Rica, la Moderna Poesía en La Habana, la Bella Época en la colonia Condesa de la Ciudad de México, la Librería El Virrey en el centro

de Lima, El Ateneo en Buenos Aires, son solo algunas. Hay aquellas que destacan por su enorme cantidad de ejemplares, otras por la pulcritud de su catálogo, por su belleza arquitectónica, o incluso, la Librería del Colegio en Argentina por ser “la más antigua del planeta”. Fue fundada en 1785 y aún se mantiene en el negocio.

Por supuesto, desde esa fecha hasta ahora ha cambiado mucho. En sus inicios juntaba el comercio de libros con el de hierbas medicinales, luego incluyó productos para gauchos, desde botas de potro hasta facones. Estas modificaciones las vemos también en otros países. En la Ciudad de México, el mercado de libros del ex Seminario a comienzos del siglo xx vendía también pájaros y flores. Los azulejos quebrados, los utensilios de cocina e incluso las armas acompañaban a los libros en el mercado de El Volador. Y la principal librería de la ciudad en las primeras décadas de esta centuria era también un bazar de antigüedades. Por esto no resulta extraña la actual tendencia de las librerías de convertirse en expendios de vino, centros culturales, cafetería y todo lo que la imaginación de sus dueños pueda pergeñar. Incluso, como lo muestran Impronta en Guadalajara o Barba de Abejas en Buenos Aires, algunas iniciativas están retornando una dinámica que fue la base de estos espacios durante los primeros siglos del libro impreso: la confluencia del trabajo de imprenta con el expendio de libros. En estos tiempos problemáticos las distintas alternativas han comenzado a multiplicarse incansablemente.

Si bien la pandemia de la Covid-19 ha impactado de manera profunda en este sector, la crisis de las librerías, especialmente de las independientes, ha sido un proceso continuo en las últimas décadas. De esta situación podemos encontrar evidencias en todas las facetas asociadas a este rubro. Por ejemplo, Colombia es uno de los países que presenta un mayor volumen de venta para las editoriales locales a través de las librerías. En los últimos años sus cifras estuvieron entre un 25 y un 30% de las ventas totales. Después de las librerías encontramos a los expendios propios de las editoriales (15%) y en tercera instancia a la venta en tiendas departamentales o autoservicios (14%). De ese modo, menos de un tercio de los libros llega a manos del lector gracias a la intermediación de una librería, y esta cantidad en otros lugares del continente es aún más baja. De hecho, en la discusión de un proyecto de ley al respecto en México se estableció por parte de los expositores (editores y libreros) que este es uno de los países con menor índice de crecimiento en cuanto a librerías. A juicio de los implicados esto se debe a la competencia desleal, a la existencia de monopolios e intermediarios, lo que ha llevado al cierre de más del 40% de pequeñas librerías.

A esta situación se suma una condición contradictoria. Mientras vemos que la literatura y el periodismo suelen recurrir a las librerías como espacios de múltiples evocaciones, los estudios específicos sobre este ámbito son sumamente escasos. Distintas agrupaciones reconocen que es un sector que tradicionalmente ha sufrido una ausencia de información sistemática, lo que a su vez ha dificultado

la posibilidad de un conocimiento exhaustivo de las características muy diferentes que poseen sus componentes. Numerosos investigadores han abordado el caso de las editoriales, de las políticas públicas, de las prácticas de lectura o de las bibliotecas. Sin embargo, las librerías salvo algunas excepciones han sido poco exploradas. Juana Zahar Vergara en *Historia de las librerías de la ciudad de México*, hace un recorrido sinóptico por los varios siglos de historia que tiene este comercio en la capital mexicana. Mientras que Ubiratan Machado en su libro *História das livrarias cariocas* analiza tres siglos de este sector en Río de Janeiro. Entre los principales énfasis de este texto encontramos la necesidad de retomar la importancia que poseen los librereros en la articulación de los proyectos culturales detrás de cada una de estas entidades comerciales.

Los librereros han representado una figura de mediación clave en el ámbito editorial. Se les ha catalogado como un sector principal en la formación de los lectores, recomendando o guiando los gustos literarios van más allá de la simple relación entre vendedor y comprador. Estos gestores culturales proyectan sus propias apreciaciones sobre lo que debería ser la lectura hacia los compradores. A sus labores cotidianas, muchos de ellos además suman la organización de presentaciones editoriales, la constitución de círculos de lectura, la gestión de visita de autores para talleres y conferencias. Mediante la elaboración de sus catálogos ponen en tensión sus apreciaciones sobre lo que se debería leer y lo que producen las editoriales o buscan los consumidores. En esta posición bisagra nunca

se mantienen neutrales, aunque a veces puedan silenciar sus apreciaciones.

Reconocer la función de formadores culturales y sociales implica también la necesidad de comprender la labor de los libreros en los barrios o espacios donde trabajan. En esto encontramos una amplia gama: aquellos en las afueras de una universidad, que ponen una manta y ofrecen algunas ediciones recientes, otros en una zona popular surtiendo los ejemplares de bajo costo que requieren los estudiantes de primaria o algunos en el centro de la ciudad consiguiendo exclusividades para sus clientes coleccionistas. Todas estas alternativas o estrategias implican un conocimiento a ras de suelo que muchas veces es desaprovechado por quienes toman las decisiones que afectan al sector.

Por supuesto, hay algunos libreros que han adquirido visibilidad y son capaces de intervenir en mayor o menor medida en las discusiones públicas. En el caso mexicano Mercurio López Casillas es actualmente uno de los más reconocidos, con vínculos con el mundo académico y artístico; hace algunos años lanzó su libro *Libreros. Crónica de la compraventa de libros en la Ciudad de México*. Jorge Vega “Veguita”, fallecido hace algunos años, fue un reconocido librero peruano que no sólo asesoró en materia bibliográfica a algunos de los principales intelectuales de su país, sino que además trabajó en la Hemeroteca Nacional, a la cual donó parte de sus propias colecciones. Un poco más al sur, la Librería Nascimento estuvo fuertemente asociada a

“el esplendor del libro en Chile”, su impulsor Carlos George-Nascimento se ligó de manera estrecha al mundo político y cultural de Santiago. De hecho, en su momento se arriesgó a publicar a un joven poeta desconocido que había sido rechazado por la editorial de la Universidad de Chile: *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* de Pablo Neruda salió en 1924 bajo el sello de la librería, cuando el futuro premio Nobel estaba por cumplir apenas 20 años.

Este impacto en el mundo de las letras confirma la necesidad de fortalecer las pequeñas y medianas librerías. Ana Elisa Ribeiro se pregunta en un estudio sobre estos comercios en Belo Horizonte, Brasil, hasta qué punto los actuales libreros se han convertido en verdaderos quijotes de la cultura local. Entre los nuevos requerimientos que necesitan estos sujetos hoy encontramos además de todos los ya mencionados, la habilidad para detectar aquellas lagunas dejadas por las grandes cadenas, dónde hay un pequeño espacio para vender libros y, también, para resistir.

R

Redes

DISTINTOS TIPOS DE REDES HAN PERMITIDO LA CONSTITUCIÓN del ámbito editorial. De hecho, como se menciona en otro de los apartados, el ecosistema del libro podría considerarse una red de actores, prácticas e instituciones. Sin embargo, la intención de la presente entrada es enfocarse en una condición específica: la construcción de redes transfronterizas como mecanismo clave en el funcionamiento de este ámbito.

Esta no es una situación que sea característica solamente de los actuales tiempos del mundo editorial. Al contrario, ha sido un elemento que históricamente ha acompañado estos procesos a tal grado que podríamos afirmar que el libro es principalmente un producto transfronterizo. Esta acepción, a diferencia de lo transnacional, reconoce la existencia de fronteras físicas y simbólicas, las cuales son disueltas y vueltas a reconstruir mediante la interacción que genera la movilidad tanto de las personas como de los libros. Los derechos de un texto escrito en determinado país pueden ser vendidos en una feria especializada realizada en un segundo país, traducido en un tercero y

finalmente distribuido a lo largo de todo un continente. Este caso no es para nada extraño en nuestros días y es algo similar a lo que hacía Librería Internacional de Rosa & Bouret en el siglo XIX que desde Francia copaba el mercado latinoamericano con distintos tipos de libros. Y no fue un ejemplo aislado: Garnier, Larousse, Hachette, Aguilar o Espasa-Calpe, son otras iniciativas que aprovecharon estas condiciones.

Para explicar esta situación algunos autores se han enfocado en el estudio de las relaciones transatlánticas. Fernando Larraz en *El libro transatlántico. Relaciones editoriales entre España y América Latina (1936-1950)* ha planteado la necesidad de sobrepasar los límites estatales para comprender el desarrollo de esta industria. Un elemento clave en la argumentación de este texto es que la llegada del exilio español no fue lo único que impactó en el fortalecimiento de las editoriales de la región. A juicio de Larraz, América Latina ya contaba con una estructura en proceso de consolidación que fue reforzada por los emigrados españoles. Desde una perspectiva distinta, el trabajo de Alejandro Dujovne, Heber Ostroviesky y Gustavo Sorá, “La traducción de autores franceses de ciencias sociales y humanidades en la Argentina” (2014), apunta en una dirección similar. Según estos autores, la interacción de los tres principales polos editoriales (Argentina, México y España) establece algunas variables importantes en términos de los alcances de las traducciones, de la división de los mercados y de la circulación de textos.

Estas miradas globales son escasas en las investigaciones sobre el libro, aunque en los últimos años vienen realizándose con mayor énfasis. De hecho, el mismo Gustavo Sorá ha analizado con detalle cómo se construyeron las redes editoriales entre Brasil y el resto de los países latinoamericanos. En su muy interesante libro *Traducir el Brasil. Una antropología de la circulación internacional de ideas*, este autor resalta la paradoja de que a pesar de que la traducción de autores brasileños ha sido actividad regular en Argentina, en este último se desconocen las obras de sus vecinos. Para esbozar una explicación Gustavo Sorá analiza detalladamente cómo se desarrolla el proceso de traducción, para ello se detiene en los actores mediadores, los cuales constituyen una red transfronteriza. Por ejemplo, el exilio en Argentina de Luiz Carlos Prestes y Jorge Amado, miembros del Partido Comunista Brasileño, fue clave para comprender algunos de estos vínculos.

Lo interesante de seguir esta propuesta es que este exilio puede llevarnos a otros países, donde el efecto fue similar. Prestes nunca llegó a México, pero sí lo hizo su familia. Mientras que Jorge Amado pasó parte de su exilio en este país gracias al apoyo de Lázaro Cárdenas. Coincidió en México con emigrados venezolanos, argentinos, peruanos, centroamericanos y otros tantos que se habían incorporado durante el gobierno cardenista a las labores editoriales. En estas fechas, el salvadoreño Pedro Geoffroy Rivas tradujo al menos cinco libros clásicos del marxismo, algunos de los cuales fueron distribuidos en el continente por Editorial América. El paraguayo Óscar Creydt entregó a las

prensas algunos de los libros que había publicado en su país y además escribió múltiples ensayos sobre la realidad latinoamericana. Aníbal Ponce, el destacado intelectual argentino, estuvo un año y dos meses en México antes de morir trágicamente. En ese corto periodo publicó cinco libros, escribió regularmente en la prensa periódica y envió más de una decena de artículos a las distintas revistas de la izquierda mexicana. El venezolano Salvador de la Plaza trabajaba en las prensas de *La Voz de México* y dirigía la Editorial Popular del Partido Comunista Mexicano, mientras su compatriota Luis Hernández Solís, desde el mundo sindical de las artes gráficas lograba insertarse en las principales empresas del rubro y además producir estudios comparativos al respecto.

Estas múltiples experiencias de latinoamericanos emigrados en México durante el cardenismo solo nos abren la mirada a una situación que ha sido constante y que ha fortalecido las redes editoriales de los distintos países. Lo mismo sucedía en la Argentina de los años 20, donde apristas peruanos, perseguidos chilenos, revolucionarios bolivianos se insertaban en su espacio editorial y, por ejemplo, potenciaban iniciativas como el *Boletín de la Unión Latinoamericana*. La historia se repetía en el México de inicios de la década de 1950, cuando a comienzos de la Guerra Fría una nueva oleada de persecuciones llevaba a los disidentes a escapar de sus países. Pero todo cambiaba drásticamente con la Revolución Cubana de 1959. Ahora en lugar de perseguidos, las políticas editoriales y de alfabetización, entre otras medidas, convocaban a viajeros e

intelectuales que buscaban conocer de primera mano esta experiencia inédita. De paso aprovechaban para publicar de manera incansable sus apreciaciones. La Casa de las Américas se convirtió en uno de los nodos principales de la difusión de la cultura impresa en el continente, difícilmente podríamos explicar la literatura latinoamericana sin considerar sus propuestas. En los 70, algo similar sucedía con el gobierno de Salvador Allende que atraía a un número importante de actores del ámbito editorial y las publicaciones chilenas se enriquecían con la mirada de argentinos, uruguayos, brasileños o mexicanos emigrados que habían decidido conocer de cerca la construcción de este particular socialismo. Pero como ya es conocido, este corto siglo xx se cerraba con otra oleada de persecuciones en Sudamérica y después en los países centroamericanos, y muchos de los emigrados nuevamente se insertaron en el ámbito editorial mexicano.

Arnaldo Orfila, fundador de Editorial Siglo XXI, tuvo un papel importante en la recepción de algunos de estos exiliados. Su experiencia transfronteriza (argentino de nacimiento, pero radicado en México) lo empujaba a solidarizar con los desterrados. Quizás, su historia de vida es un buen resumen de la articulación de distintas redes del mundo editorial e intelectual. Activo participante en la Reforma Universitaria, iniciada en Argentina en 1918, se relacionó estrechamente a esta generación que incluía al mexicano Daniel Cosío Villegas, al colombiano Germán Arciniegas, al peruano Víctor Raúl Haya de la Torre, sólo por mencionar a algunos. Invitado precisamente por Cosío Villegas, se

hizo cargo del Fondo de Cultura Económica en la década de 1940, y de hecho su actividad fue clave para la internacionalización de esta casa editorial estatal mexicana. Después de un conflicto con las autoridades gubernamentales —debido tanto a su apoyo a la Revolución Cubana, como a las críticas que vertió sobre el milagro económico mexicano— debió abandonar la dirección del FCE. En esta polémica, más de 500 intelectuales latinoamericanos decidieron apoyar su nueva iniciativa: Editorial Siglo XXI. Desde esta nueva entidad, Orfila se transformó en un apoyo crucial para numerosos escritores e investigadores del continente, incluyendo por supuesto en su catálogo a los principales integrantes del boom latinoamericano.

Este trabajo transfronterizo no se ha detenido. Editoriales y librerías independientes se esfuerzan por crear instancias que superen los límites nacionales, no solo en la búsqueda de mercados más amplios, sino con la certeza de que el intercambio puede ser fructífero para sus actividades creativas. De ese modo, las redes transfronterizas siguen siendo un modo posible de articular a los distintos actores latinoamericanos del ecosistema del libro.



Lectores

LA LECTURA ES UNA PRÁCTICA CULTURAL, UN PROCESO intersubjetivo que se ha construido históricamente. Esto significa que, en palabras de Roger Chartier, el acto de leer debe ser analizado en correspondencia con la elaboración compartida de dispositivos, comportamientos, actitudes y significados culturales. De ese modo, el acto de leer es el resultado de procesos políticos, sociales y económicos. Esto significa que existen muchas formas de leer: algunas asociadas a propuestas hegemónicas, otras son el resultado de resistencias y algunas, también, son capaces de negociar aceptando algunas de las condiciones hegemónicas y manifestando al mismo tiempo elementos trasgresores. En palabras de Raymond Williams, en estas prácticas de lectura podríamos contemplar elementos residuales, emergentes y hegemónicos.

Por este motivo, una de las primeras situaciones que debemos tener presente es la diversidad que encontramos al momento de hablar de la lectura en América Latina. Esto nos obliga a evadir aquellas propuestas simplistas que plantean un modo “correcto” de leer, frente a otras prácticas con-

sideradas como inferiores. Por ejemplo, los índices de lectura suelen asociarse a los libros (o a su consumo); así, según un estudio realizado por el Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe (CERLALC), en México el promedio es de 2.9 ejemplares por año, mientras que en Chile y Argentina la cifra llega a 4.5 y 5.4 por año, respectivamente. Sin embargo, estos números no nos dicen mucho si no los cruzamos con otros elementos asociados a esta práctica. Para seguir con estos mismos casos, podemos ver que en México el principal objetivo de los lectores es obtener conocimientos generales. Mientras que en Argentina la respuesta común obedece a una lectura principalmente asociada al placer. En cambio en Chile, pese a tener guarismos similares a su vecino, los entrevistados dicen que en buena medida leen por exigencias académicas.

Estas situaciones generan algunas prácticas específicas. Como ha mostrado una encuesta realizada virtualmente por Entre Editores, las mujeres en Argentina prefieren mayoritariamente leer durante la noche, los fines de semana y durante las vacaciones. Esta misma encuesta ha reflejado para el caso de México preferencias similares, aunque una diferencia importante en los géneros escogidos. Mientras en el país del norte las novelas románticas, fantásticas y de ciencia ficción se llevan los primeros lugares, en el país sudamericano las lectoras optan por la ficción literaria de autores argentinos, latinoamericanos o traducciones.

Desde otra perspectiva, los datos indican que el principal lugar de lectura en América Latina no corresponde a los

espacios especializados, sino que el hogar ocupa esta función. En Perú esta cifra llega al 80% de los consultados. Esto se relaciona con una condición particular de este país: posee la más alta tasa de lectura de periódicos en el continente. En términos generales, la primacía del hogar como espacio de lectura implica algunas condiciones relevantes para la composición de este ecosistema. Por ejemplo, dadas estas prácticas, evidentemente tendrá mayor impacto en la promoción de la lectura la instalación de librerías, la implementación de mecanismos de préstamo de libros a domicilio por parte de las bibliotecas o incluso la distribución de libros gratuitos.

De hecho, en este mismo estudio, también realizado por el CERLALC, la biblioteca desempeña solo una función relativamente importante en el caso de México y de Chile. El primer país mencionado posee, según su Dirección General de Bibliotecas Públicas, una red de 7,320 bibliotecas en 2,227 municipios, lo que significa un 93% de cobertura nacional. Mientras que en Chile para el año 2018 existían 11,079 bibliotecas escolares; 8,547 en educación básica, 2,429 en educación media y 103 en educación especial. Esto significaba una cobertura similar al caso anterior. De todas maneras, el país latinoamericano donde una mayor cantidad de encuestados dice asistir regularmente a una biblioteca es República Dominicana. Aunque en estos estudios no se presentan datos para Cuba, donde las bibliotecas públicas pueden llegar a atender a 9 millones de personas al año, en un país con una población total de algo más de 11 millones de habitantes.

Ahora bien, más allá de estos datos, de sus carencias y sus particulares enfoques (para nada casuales), desde hace algunos años distintos espacios y organizaciones sociales han avanzado en la búsqueda de hacer efectivo el denominado “derecho a leer”. Partiendo de la idea de que la lectura ha sido históricamente un instrumento del poder y de la exclusión social, algunos grupos se han propuesto su democratización. Esto no solo significa la alfabetización efectiva —uno de los objetivos de los movimientos de izquierda a lo largo del siglo xx— sino también la apropiación de la lectura por parte de los sectores populares. Para que esto se produzca se debe establecer un diálogo entre la sociedad y los distintos actores del ecosistema del libro que permita especialmente enfrentar las desigualdades en este ámbito. Estos grupos como la “Brigada para Leer en Libertad” en México, “Bibliocletas por el mundo” que ha recorrido casi el continente completo, o incluso las *Biblioheladeras* (instaladas por sujetos de los sectores populares) en Uruguay y Argentina, buscan que una distribución más justa de la lectura contribuya a que quienes han sido excluidos de ella se vuelvan actores de sus propios procesos de transformación política y social.

En este sentido, la escuela y la biblioteca deberían desempeñar una función clave en el acceso democrático a la lectura. Pero, como muy bien ha señalado Silvia Castrillón en *El derecho a leer y escribir*, ambas instituciones por lo general adolecen de una mirada simplista sobre este asunto. En el primero de los casos, el problema consiste en que sus objetivos inmediatos apuntan a formar *competen-*

cias lectoras básicas que reducen esta práctica a la decodificación de textos científicos o periodísticos. Mientras que las bibliotecas públicas, en su afán de diferenciarse de la escuela, han enfatizado su apuesta por lo lúdico, transformando la lectura en parte de las industrias del entretenimiento. El tema detrás de esta crítica tiene que ver con una concepción de la lectura que va más allá de la simple decodificación de signos. Para Castrillón, ésta debería también estar integrada por la interpretación y la evaluación de las propuestas movilizadas por esas letras y textos. La lectura es a su juicio sinónimo de la construcción de un pensamiento crítico. Por ello, cuando evalúa el devenir de la escuela y la biblioteca nos advierte que ambas han dejado de lado sus apuestas por la construcción de ciudadanos.

De hecho, volviendo a las cifras, podemos observar el surgimiento de lo que se ha denominado el nuevo analfabetismo. Según la UNESCO, en América Latina un 36% de los niños y adolescentes no poseen los niveles de lectura “adecuados”. No obstante, al contrario de lo que solía observarse durante el siglo xx, el balance es un poco mejor cuando se toma en cuenta sólo a los niños en edad para cursar la educación primaria: 26% no alcanzan la suficiencia. Contradictoriamente, las condiciones van empeorando a medida que los estudiantes avanzan en sus procesos educativos. Este nuevo analfabetismo no radica en si se sabe leer o escribir, sino en cómo se desarrollan de manera autónoma dichas habilidades.

Todos estos procesos de exclusión y de falta de democratización de la lectura han sido particularmente agudizados por el confinamiento y el cierre de escuelas y bibliotecas durante la pandemia de la Covid-19. Mientras un sector de la población enfrenta la emergencia de otros tipos de textos o el cambio en las relaciones entre los lectores y los autores (asociados a internet y a las redes sociales), otros grupos sociales sufren la falta de acceso a los nuevos espacios digitales. Este cambio vertiginoso hacia un nuevo paradigma, avizorado por los agoreros de las tecnologías de la información, amenaza con abrir aún más las brechas entre quienes poseen el acceso y quienes se mantienen desconectados. Finalmente, el problema de acceso a la lectura ya sea en la casa o en la biblioteca, nos remite a la exclusión social y económica por la que atraviesan las amplias mayorías del continente.

Referencias

- Aguirre, Carlos (2015). *La ciudad y los perros. Biografía de una novela*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Benjamin, Walter (2008). *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. México: Itaca / UACM.
- Bergel, Martín (2017). Para una historia de la no-lectura en América Latina. Los usos de los objetos impresos en el proceso de popularización del aprismo peruano (1930-1945) Dossier Historia del libro y de la edición. *Revista Políticas de la Memoria*, n 17.
- De Diego, José Luis (2014). *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880-2010)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Del Río, Marcela (2019). *La cripta del espejo*. México: UNAM.
- Granados Salinas, Tomás (2017). *Libros*. México: Secretaría de Cultura.
- Halac, Gabriela y Tomás Alzogaray Vanella (2017). *La Biblioteca Roja. Brevísima relación de la destrucción de los libros*. Córdoba: Ediciones DocumentA/ Escénicas.

- Hernández, Luisa Josefina (2000). *El lugar donde crece la hierba*. México: UNAM.
- Larraz, Fernando (2010). *El libro transatlántico. Relaciones editoriales entre España y América Latina (1936-1950)*. México: Ediciones Trea.
- López Casillas, Mercurio (2016). *Libreros: crónica de la compraventa de libros en la Ciudad de México: Ubaldo López Barrientos y sucesores*. México: Secretaría de Cultura.
- Martínez, José Luis (1987). *El libro en Hispanoamérica. Origen y desarrollo*. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez y Ediciones Pirámide. 3ra. Ed.
- Mendoza, María Luisa (2019). *De ausencia*. México: UNAM.
- Mercado, Tununa (2019). *En estado de memoria*. México: UNAM.
- Nora, Pierre (ed.) (2001). *Les lieux de mémoire. t. 1, La République*. 2a ed. París: Gallimard.
- Sorá, Gustavo (2003). *Traducir el Brasil. Una antropología de la circulación internacional de ideas*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- Sorá, Gustavo (2019). *Editar desde la izquierda en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Subercaseaux, Bernardo (2010). *Historia del libro en Chile. Desde la Colonia hasta el Bicentenario*. (3ª Edición corregida, aumentada e ilustrada). Santiago: LOM Ediciones.
- Valencia, Margarita y Paula Andrea Marín Colorado (2019). *Ellas editan*. Bogotá: Editorial Planeta.
- Valencia, Tita (2020). *Minotauromaquia. Crónica de un desencuentro*. México: UNAM.

- Weinberg, Gregorio (2006). *El libro en la cultura latinoamericana*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Zahar Vergara, Juana (2006). *Historia de las librerías de la ciudad de México: evocación y presencia*. México: UNAM.

Universidad Autónoma Metropolitana

Dr. Rodolfo René Suárez Molnar

RECTOR DE LA UNIDAD CUAJIMALPA

Dr. Álvaro Julio Peláez Cedrés

SECRETARIO DE LA UNIDAD

Mtra. Mónica Jiménez Sánchez

COORDINADORA DE EXTENSIÓN UNIVERSITARIA

Mtro. Carlos Francisco Gallardo Sánchez

JEFE DE PUBLICACIONES

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales

Karina Batthyány

SECRETARIA EJECUTIVA

María Fernanda Pampín

DIRECTORA DE PUBLICACIONES

Equipo Editorial

Lucas Sablich

COORDINADOR EDITORIAL

Solange Victory

GESTIÓN EDITORIAL

Nicolás Sticotti

FONDO EDITORIAL

LECTURAS
PALABRAS CLAVE
PARA
ESTE SIGLO

El cuidado de **Edición latinoamericana** estuvo a cargo del área de publicaciones de la UAM Cuajimalpa-Rectoría y de la Dirección de Publicaciones de CLACSO. La corrección de estilo, de Úrsula Treviño y Mariana Rossetti; la formación, de Jorge Alfonso Brozon Vallejo.

LECTURAS
PALABRAS CLAVE
PARA
ESTE SIGLO



Este volumen entrega un panorama del mundo editorial en América Latina a partir de diez conceptos básicos. Librerías, editoriales, ecosistema, lectores, son algunas de las categorías que se analizan con el objetivo de rastrear algunas de las principales problemáticas y desafíos que hoy enfrenta este medio. Estas dinámicas no sólo son importantes para los interesados en los libros y sus alcances, sino para todos aquellos que buscan comprender las imbricaciones entre cultura, política y mercado en nuestro continente.

Sebastián Rivera Mir es profesor investigador en El Colegio Mexiquense, México. Pertenece al Sistema Nacional de Investigadores del CONACYT, Nivel I. En octubre de 2020 apareció su libro *Edición y comunismo. Cultura impresa, educación militante y prácticas políticas (México, 1930-1940)*. Ha publicado artículos sobre el ámbito editorial en revistas especializadas en Argentina, Estados Unidos, Colombia, Chile y Alemania.



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales



UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA
METROPOLITANA
Unidad Cuajimalpa

**U
M
A
C**
EDITORIAL